

Paréceme una cosa naturalísima, y por eso muy escusable, que aun antes de haberme oído suficientemente, aun antes de poder tener pleno conocimiento de causa, y aun sin querer examinar el proceso, me condeneis, á lo menos por un temerario, y por un audaz; pues me atrevo yo solo, hombrecillo de nada, á contradecir á tantos sabios, que habiendo mirado bien las cosas, las establecieron así de comun acuerdo. Lejos sea de mí, si acaso no lo está, el pensar que soy algo, respecto de tantos y tan grandes hombres. Los venero, y me humillo á ellos, como creo que es no solo razon sino justicia. Mas esta veneracion, este respeto, esta deferencia, no ignorais, Señor, que tienen sus límites justos y precisos, á los cuales es laudable llegar, mas no el pasar muy adelante. Los doctores mismos no nos piden, ni pueden pedirnos que se propasen estos límites con perjuicio de la verdad; antes nos enseñan, *verbo et opere*, todo lo contrario: pues á penas se hallará alguno entre mil, que no se aparte en algo del sentimiento de los otros. Digo en algo: porque apartarse en todo, ó en la mayor parte, sería cuando menos una extravagancia intolerable.

Yo solo trato un punto particular que es la venida del Mesías, que todos esperamos: y si en las cosas que pertenecen á este punto par-

ticular hallo en los doctores algunos defectos, ó algunas ideas poco justas, que me parecen de gran consecuencia ¿qué pensais, amigo, que deberé hacer? ¿Será delito hallar estos defectos, advertirlos y tenerlos por tales? ¿Será temeridad y audacia el proponerlo á la consideracion de los inteligentes? ¿Será faltar al respeto debido á estos sapientísimos doctores, el decir que, ó no los advirtieron por estar repartida su atencion en millares de cosas diferentes, ó no les fue posible remediarlas en el sistema que seguian? Pues esto es solamente lo que yo digo ó pretendo decir. Si á esto quereis llamar temeridad y audacia, buscad, Señor, otras palabras mas propias que le cuadren mejor. ¿Qué maravilla es que una hormiga, que anda entre el polvo de la tierra, descubra y se aproveche de algunos granos pequeños, si, pero preciosos, que se escapan fácilmente á la vista de un águila? ¿Qué maravilla es, ni qué temeridad, ni qué audacia, que un hombre ordinario, aunque sea de la ínfima plebe, descubra en un grande edificio, dirigido por los mas sabios arquitectos, descubra, digo, y avise á los interesados que el edificio flaquea y amenaza ruina por alguna parte determinada? No ciertamente, porque el edificio en general no está bien trabajado segun las reglas: sino porque el fundamento

sobre que estriba unà parte del mismo edificio, no es igualmente sólido y firme como debia ser.

Se podrá muy bien tratar á este hombre de ignorante y grosero? se podrá reprehender de audaz y temerario? se le podrá decir con irrisión que piensa saber mas que los arquitectos mismos? pues estos teniendo buenos ojos edificaron sobre aquel fundamento ¿y no es verosímil que no mirasen primero lo que hacian, etc.? Mas si por desgracia los arquitectos en realidad no examinaron el fundamento por aquella parte, ó no lo examinaron con atención; si se fiaron de la pericia de otros mas antiguos, y estos de otros; si en esta buena fe edificaron sin rezelo, no mirando otra cosa que á poner una piedra sobre otra; en este caso nada imposible: ¿será maravilla que el hombre grosero é ignorante descubra el defecto y diga en esto la pura verdad? Con este ejemplo obvio y sencillo debereis comprehender quanto yo tengo que alegar en mi defensa. Todo se puede reducir á esto solo, ni me parece necesaria otra apología.

Debo solamente advertiros, que como en todo este escrito, que os voy á presentar he de hablar necesariamente, y esto á cada paso, de los intérpretes de la Escritura; ó, por ha-

blar con mas propiedad, de la interpretacion que dan á todos aquellos lugares de la Escritura pertenecientes á mi asunto particular; temo mucho que me sea como inevitable el propasarme tal vez en algunas expresiones ó palabras que puedan parecer poco respetuosas, y aun poco civiles. Las que hallareis en esta forma, yo os suplico, Señor, que tengais la bondad de corregirlas, ó substituyendo otras mejores, ó si esto no se puede, quitandoles absolutamente: mi intencion no puede ser otra que decir clara y sencillamente lo que me parece verdad. Si para decir esta verdad no uso muchas veces de aquella amable discrecion, ni de aquella propiedad de palabras, que pide la modestia y la equidad, esta falta se deberá atribuir mas á pobreza de palabras que á desprecio ó poca estimacion de los doctores ó á cualquiera otro efecto menos ordenado. Tan lejos estoy de querer ofender en lo mas mínimo la memoria venerable de nuestros doctores y maestros que antes los miro con particular estimacion, como que no ignoro lo que han trabajado en el inmenso campo de las Escrituras, ni tampoco dudo de la bondad y rectitud de sus intenciones. Asi mis expresiones y palabras sean las que fueren, no miran de modo alguno á las personas de los doctores ni á su piedad, ni á su

sabiduría, ni á su erudición, ni á su ingenio, etc. Miran únicamente al sistema que han abrazado. Este sistema es el que pretendo combatir, mostrando con los hechos mismos, y con argumentos los mas sencillos y perceptibles, que es insuficiente, por sumamente débil, para poder sostener sobre sí un edificio tan vasto cual es el misterio de Dios que encierran las santas Escrituras; y proponiendo otro sistema, que me parece solo capaz de sostenerlo todo. De este modo han procedido mas de un siglo ha nuestros físicos en el estudio de la naturaleza, y no ignorais lo que por este medio han adelantado.

Esta obra, ó esta carta familiar, que tengo el honor de presentaros, paréceme bien (buscando alguna especie de orden) que vaya dividida en aquellas tres partes principales á que se reduce el trabajo de un labrador: esto es, preparar, sembrar y recoger. Por tanto: nuestra primera parte comprenderá solamente los preparativos necesarios, y tambien las mas conducentes, como son allanar el terreno, ararlo, quitar embarazos, revolver dificultades, etc. La segunda comprenderá las observaciones, las cuales se pueden llamar con cierta semejanza el grano que se siembra, y que debe naturalmente producir *primam herbam, deindè spicam, deindè plenum fru-*

mentum in spicâ. (1). En la tercera en fin procuraremos recoger todo el fruto que pudieremos de nuestro trabajo.

Yo bien quisiera presentaros todas estas cosas en aquel orden admirable, y con aquel estilo conciso y claro, que solo es digno del buen gusto de nuestro siglo. Mas no ignorais que ese talento no es concedido á todos. Entre la multitud innumerable de escritores que produce cada dia el siglo iluminado no deja de distinguirse fácilmente la nobleza de la plebe: es decir los pocos entre los muchos. ¿Qué orden ni que estilo podeis esperar de un hombre ordinario de plebe *pauperum* á quien vos mismo obligais á escribir? ¿No bastará entender lo que dice, y penetrar al punto cuanto quiere decir? Pues esto es lo único que yo pretendo, y á cuanto puede extenderse mi deseo. Si esto solo consigo, ni á mi me queda otra cosa á que aspirar ni á vos otra cosa que pedir.

(1) Marc., c. IV, v. 28

PARTE PRIMERA.

QUE CONTIENE ALGUNOS PREPARATIVOS NECESARIOS PARA UNA JUSTA OBSERVACION.

CAPITULO PRIMERO.

De la Letra de la santa Escritura.

§ I. Tono lo que tengo que deciros, venerado amigo Cristófilo, se reduce al exámen serio y formal de un solo punto, que, en la constitucion ó sistema presente de la Iglesia y del mundo, me parece de un sumo interes. Es á saber: si las ideas que tenemos de la segunda venida del Mesías, artículo esencial y fundamental de nuestra religion, son ideas verdaderas y justas sacadas fielmente de la divina relacion, ó no.

Yo comprehendo en esta segunda venida del Mesías no solamente su manifestacion, ó su revelacion como la llaman frecuentemente san Pedro y san Pablo, sino tambien todas las cosas que á ellas se ordenan inmediatamente, ó tie-